

## EL PROYECTO EDUCATIVO DE FRANCISCO COLL Y SU REALIZACIÓN

Hna. Ma. Jesús Carro, op

### Introducción

Para presentar el tema «*El Proyecto educativo de San Francisco Coll i Guitart*», nada mejor que hacer un recorrido exhaustivo sobre la valiosa investigación que el P. Vito T. Gómez García, OP, ha ido llevando a cabo durante bastantes años y que se encuentra recopilada en varias de sus obras. Sin embargo, aquí lo abordaré desde mi reflexión personal y partiendo de la motivación profunda que, creo yo, tuvo el P. Coll al fundar una Congregación dominicana con misión evangelizadora en la escuela, educando a la niñez y juventud tanto en el área rural, pueblos grandes y pequeños, como en el área urbana en las ciudades.

Un Proyecto educativo que tiene vitalidad en el momento presente y que, renovado progresiva y puntualmente, lleva implícito la esperanza de seguir aportando soluciones a los problemas actuales con la mirada puesta en el futuro.

Al hablar del proyecto educativo de Francisco Coll es indispensable ubicarlo en la historia, en las coordenadas de tiempo y espacio. Sólo así podremos conocer su trayectoria como educador que, al mismo tiempo, aprende enseñando y enseña formando y aprendiendo. Si bien es cierto que su vida no transcurrió dentro de una escuela, tal como la concebimos hoy, sí podemos afirmar que *hizo escuela* aprovechando las circunstancias y la misma necesidad de misionar: convirtiendo en aula escolar la fuente de su pueblo y enseñando así a sus compañeros de juego; la sala familiar de la masía Puigseslloses enseñando las primeras letras a los niños de la casa; la iglesia parroquial de Moiá para la preparación sacramental o los mismos púlpitos en la predicación del Evangelio. Muchos de los rasgos que encontramos en su experiencia quedaron marcados en las hermanas al punto que podemos encontrarlos aún en la Anunciata actual.

### 1.- Breve semblanza de Francisco Coll

Francisco Coll nace en Gombren un pueblecito del pirineo catalán, en plena ocupación napoleónica de España (1808-1814). Época que se caracteriza por el consiguiente empobrecimiento, ruina de las instituciones de todo tipo y, naturalmente, las educativas. En la época anterior las instituciones educativas estaban orientadas a las clases pudientes y habitantes de las ciudades un tanto significativas.

El P. Coll pertenecía a la España rural, que fue fuertemente golpeada por la ocupación. Sin embargo tuvo acceso al aprendizaje de las primeras letras en una escuelita de su pueblo natal.

Muy pronto se despertó en él la inclinación hacia el ministerio sacerdotal, iniciándose como seminarista, a la edad de diez años, en la ciudad de Vic. En aquel tiempo muy pocos de los seminaristas gozaban del privilegio de vivir internos en el Seminario. La mayoría asistían a clases desde sus casas o desde casas de acogida. Gozaban del aprecio de los habitantes de la ciudad y de los de la comarca, y lo expresaban ayudando a los de escasos recursos económicos. Muchas de esas familias de ricos propietarios recibían a un seminarista durante el curso escolar para vivir en su casa a cambio de dar lecciones de enseñanza primaria y catecismo a los pequeños de la casa. De este modo se aseguraba la primera enseñanza de estos niños y la pensión gratuita y otras ayudas del seminarista. Se les trataba con verdadero respeto y cariño.

Podemos afirmar que el joven Francisco Coll fue muy afortunado al ser invitado a pasar, después de su primera experiencia en la masía de Can Pa Negre, a la de Puigseslloses. Fue recibido con todas las atenciones, estimado por sus virtudes, por su piedad, por su amabilidad, por su sentido de responsabilidad en el cumplimiento de sus obligaciones. Por su parte él se sintió como uno más de la familia, al punto de ser acogido de nuevo al salir del convento de Gerona con motivo de la excomunión de 1835.

Los testimonios del tiempo pasado en Puigseslloses son abundantes, nos muestran a un Francisco Coll adolescente bien dotado, con carácter emprendedor y animoso, dado al trabajo, con gran fortaleza de espíritu, y al mismo tiempo humilde, modesto, concentrado, con tendencia a acentuar una vida de piedad, caritativo con los pobres, celoso de las almas y con tendencia clara al apostolado. Hay múltiples referencias a sus predicaciones de niño y al celo apostólico que manifestaba al explicar a los niños de su edad el catecismo, a su reacción de fortaleza al conocer la muerte de su madre fallecida el 10 de diciembre de 1827, cuando contaba apenas quince años.

Sería interesante conocer la vida de Francisco Coll en el seminario de Vic, sus relaciones con los profesores y compañeros del seminario, pero no se encuentran datos sobre ello. Se sabe que Vic gozaba de buena fama cultural y docente, con una prestigiosa escuela catedralicia a lo largo de la edad media y con universidad literaria desde finales del siglo XVI hasta la fundación de la universidad de Cervera, creada por Felipe V en 1717. Esto, unido a la expulsión de la Compañía de Jesús, estimuló a los Obispos de la diócesis vicense a preocuparse del establecimiento de un seminario tridentino diocesano que pronto llegaría a ser glorioso, tanto por los profesores catalogados como hombres de fuerte personalidad humana que podían influir con su presencia y sus consejos en la formación de los seminaristas. En él se formaron, entre otros de gran valía, Jaime Balmes, San Antonio María Claret, San Pedro Almató, San Francisco Coll.

Para el tema que nos ocupa, es interesante saber que Francisco Coll con apenas diez años cumplidos tuvo la fortuna de entrar en contacto con el seminario de Vic y en él permaneció desde enero de 1823 a junio de 1830. Cursó los estudios de Humanidades y tres años de Filosofía. Fueron años particularmente difíciles los propios del final del trienio constitucional y la consiguiente época de inestabilidad política que desembocaría en la primera guerra carlista. Los estudios secundarios se orientaban a fundamentar el estudio de la Filosofía y el de la ciencia centrada en Dios, la Teología. Todo orientado también al conocimiento de los hombres, en el contexto de una vida más apostólica que científica. Nos imaginamos a Francisco Coll llegando a la ciudad de Vic y al Seminario, con gran ilusión de aprender y prepararse para ser un buen sacerdote, y encontrarse con la realidad de una ciudad politizada y agitada, con cierta inseguridad para la vida eclesiástica del trienio constitucional. Parece que no perdió su entusiasmo porque se quedó cursando los estudios hasta su ingreso como novicio en el convento de Gerona. La guerra y las dificultades con las que se encontró le sirvieron para forjar su carácter y prepararse para la misión que el Señor le confiaría. Sin duda, aprovecharía estas lecciones fuertes que le venían del momento histórico tanto como las lecciones que le daban sus profesores. Lo cierto es que el niño y joven Francisco Coll manifestó, no sólo cualidades para el estudio, sino también aprecio permanente del mismo.

En Vic conoció también instituciones educativas. La más antigua la regentaban las dominicas terciarias en su convento-colegio de Santa Catalina, a escasos metros del seminario, con alumnado femenino de la ciudad e internado procedente de diferentes comarcas de Cataluña. Conoció asimismo la fundación realizada por Santa Joaquina de Vedruna, que abarcaba una dimensión educativa.

Su aprecio y valoración de la enseñanza continuó en los años de formación dominicana en el convento de Gerona, donde conoció también el esfuerzo educativo que con las niñas venían realizando desde tiempo atrás las dominicas del convento de Santa Catalina de Siena.

## **2.- La educación «obra de gran trascendencia»**

Se puede deducir, sin necesidad de esforzar la imaginación, el aprecio de San Francisco Coll por la enseñanza. Él mismo lo aseguraba siempre que tenía ocasión. La expresión que se recoge en el título del presente epígrafe está tomada de una carta – instancia– que dirigió a la reina Isabel II en 1858.<sup>1</sup>

Su experiencia educativa en la casa de campo de Puigseslloses y la práctica pastoral intensa que comenzó a partir de 1839, le convencieron de que era un campo muy apropiado para cultivar y de la necesidad de hacerle frente con nuevos y vigorosos brazos. Francisco Coll no era un predicador cualquiera, sino un hijo fiel imitador de su padre Santo Domingo, con una mirada lúcida y profunda capaz de captar las necesidades de la gente de su tiempo. Hombre de ojos abiertos y mente clara para descubrir el mal allí donde se encontraba, con un corazón preparado para amar y querer lo mejor para los demás, que buscaba soluciones concretas a las necesidades reales.

En su misión de evangelizador itinerante se da cuenta de la escasez de escuelas, sobre todo en las zonas rurales y en las de la incipiente industria; ve el abandono de la educación, de manera particular la orientada hacia la mujer; descubre a maestros insuficientemente preparados. Al mismo tiempo percibe que educar a la mujer no sólo la beneficiaría a ella, sino a la familia –se trata de una formación dirigida a las futuras madres – y, por consiguiente, a la misma sociedad. Esta reflexión le acompañó largo tiempo, la fue haciendo en los lugares donde se daba la necesidad, observando tantas carencias que podrían remediarse con una educación adecuada, precisamente enfocada hacia el mundo más necesitado: el de las niñas y jóvenes de las poblaciones rurales pequeñas en las que ni siquiera existían escuelas.

Lo dirá él mismo, haciendo balance de su vida que, por lo demás, está llena de fruto, en una carta dirigida en 1873 a su superior general residente en Roma, en la que decía textualmente:

*«Habiéndome dedicado muchos años, como misionero apostólico y dominico exclaustrado a la predicación dando misiones y haciendo novenarios y sermones en el principado de Cataluña, observé que una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos era la ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa».*<sup>2</sup>

Como buen observador, no le pasaba por alto el estado en que se hallaban las costumbres en aquel tiempo en el que abundaban las miserias causadas por tantas guerras. Desde dentro, en contacto directo con las gentes comprobaba la postración de la sociedad, *las tinieblas de la ignorancia*, que podemos catalogar de pobreza extrema. Esta ignorancia afectaba a todos –hombres y mujeres–, pero consideraba que era especialmente perniciosa para la sociedad la ignorancia en la que estaba sumida la mujer. El mundo femenino no era para él secundario en la construcción de una nueva sociedad, por el contrario, estimaba que tenía un puesto principal.

---

<sup>1</sup> Cf. Edición preparada por Vito T. GÓMEZ GARCÍA, *Francisco Coll. O.P. (1812-1875)*. Obras Completas. Valencia, HH. Dominicas de la Anunciata, 1994, p. 366.

<sup>2</sup> *Francisco Coll...*, p. 375. Carta dirigida al Vicario General de la Orden el 31 de enero de 1873.

El deseo de encontrar un camino viable que solucionara los problemas de la sociedad le llevó a iniciar el proyecto largamente deseado: la fundación de una congregación dedicada a desarrollar la educación, en general, pero, en especial, *la religiosa*. Así, continúa explicando a su superior:

«Esto me indujo a discurrir cómo podría yo cooperar a la salvación de tantas almas que se perdían por dicha causa y Dios Nuestro Señor me dio a entender que uno de los medios más a propósito sería la fundación de una congregación o instituto de Hermanas Terciarias dominicas, que tuviese por objeto la Enseñanza de las niñas en los pueblos y ciudades».<sup>3</sup>

El P. Coll tenía en gran aprecio la enseñanza orientada particularmente a los lugares y personas más necesitados; de ello dan fe sus escritos que pueden llamarse *constitucionales*, es decir, los dirigidos a su Congregación de Dominicas. Asimismo, hacia 1860, aludía a la *gran ignorancia* de que adolecía la juventud, a la falta de formación de la que se seguían funestos efectos. Consideraba necesario que se distribuyera el pan de la enseñanza ya desde la niñez, a fin de disipar de sus entendimientos las densas tinieblas y haciendo que resplandeciera entre los niños y jóvenes la luz de la verdad, por medio de una auténtica educación e instrucción. Esta promoción educativa venía a ser piedra angular de una sociedad nueva.<sup>4</sup>

Tenía el convencimiento de que una buena educación hacía un gran bien a las niñas y de que, a través de ellas, se podría llegar también a sus padres, a la familia en general y al conjunto de los ciudadanos. Hacía de ello un buen razonamiento: El mundo de los niños no podía recibir don más precioso que el de la buena instrucción; por su parte, los padres comprobaban la transformación que obra en la persona el esfuerzo que realiza la escuela, en actitudes, hábitos y costumbres, arraigo de valores, que hace posible un buen equipamiento de la mente y el corazón. Un niño bien instruido constituye el honor y bienestar de sus progenitores. La educación contribuye —pensaba nuestro Santo— a un cambio del entramado social. Construye familias honradas y pacíficas, entregadas al trabajo, respetuosas de las leyes que rigen el bien común y la convivencia.<sup>5</sup>

En contacto con regiones y gentes diversas, fue experimentando que la educación e instrucción de las niñas tenía que llegar a las poblaciones pequeñas y pobres, pero que tenía que abarcar también las poblaciones grandes, no menos necesitadas que las pequeñas. En 1863 aseguraba que era necesario enseñar en «poblaciones grandes y pequeñas», para lo que se precisaban maestros bien formados, después de «sujetarse a los rigurosos exámenes y oposiciones», en conformidad con la normativa dictada por el ministerio de Instrucción pública.<sup>6</sup>

### 3.- Contenidos de la formación

Francisco Coll tenía un criterio claro en cuanto a los contenidos de formación: ésta debía ser muy completa de manera que beneficiase a quien la recibe tanto como al que la oferta. No era suficiente, para él, cultivar la dimensión intelectual, sino que debía abarcar todas las dimensiones de la persona. Esta formación sería gradual, escalonada en sus contenidos. Naturalmente, el programa abarcaba contenidos humanísticos y, ante todo, el aprendizaje de las primeras letras. La etapa de la infancia es tiempo muy propicio para asimilar, para aprender a leer, escribir, para posesionarse de la *gramática castellana*,

<sup>3</sup> *Francisco Coll...*, p. 375. Carta dirigida al Vicario General de la Orden el 31 de enero de 1873.

<sup>4</sup> Cf. GÓMEZ, *Francisco Coll...*, p. 32. *Introducción Regla de vivir de las Hermanas*.

<sup>5</sup> Cf. GÓMEZ, *Francisco Coll...*, p. 32. *Introducción Regla de vivir de las Hermanas*.

<sup>6</sup> Cf. *Francisco Coll...*, p. 53. *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

pensaba él, para adentrarse en las matemáticas elementales, y, en fin, en las diferentes disciplinas que ayudan a entender el mundo en que se vive y la historia en que se está inserto. También debía aprender el alumnado todo aquello que favoreciera la inserción en las tareas familiares y, en general, en el mundo laboral.<sup>7</sup>

En una carta que escribió al nuncio en España, Mons. Lorenzo Barili, en 1863 explicitaba todavía más su modo de sentir al respecto. A la *instrucción*, a saber, la transmisión de materias recogidas en libros de texto, era necesario añadir la *educación*, de alcance más amplio. La *educación* se propone, tal como se desprende de su raíz etimológica, ayudar a la persona a sacar del interior de sí misma *su mejor yo*, formado a imagen y semejanza de Dios. Por tanto, con capacidad para entender y para amar, con valores que configuran el ser personal y que lo proyectan a la convivencia en círculos muy diferentes, desde la célula principal de la sociedad que es la familia, a las diversas sociedades, políticas, culturales, laborales, recreativas...

El enriquecimiento en instrucción y educación que proporciona la formación tenía para él un campo inmenso dentro de los límites del mundo y de la historia, pero no terminaba ahí. Su reflexión pedagógica la hacía desde unos presupuestos de fe, profundizados en la *teología*. Por lo mismo seguía escribiendo al Nuncio que su programa educativo tenía como meta *dirigir por el camino del cielo*.<sup>8</sup>

Esta convicción aparece en diversos escritos. La verdadera educación no termina con preparar a las personas para desenvolverse en la sociedad terrena, sino que ha de tener una dimensión trascendente. La *ciudad permanente* aparece con frecuencia en sus escritos y aseguran que la tenía de manera habitual en sus labios. Así exhortaba:

«*Hablad siempre que podáis, o del cielo, que será nuestra casa, o de la pasión de Jesucristo, o de los dolores de María, de su amor hacia nosotros [...]; finalmente de cosas de Dios, a imitación de nuestro Padre Santo Domingo, que no hablaba sino o de Dios, o de cosas de Dios*».<sup>9</sup>

Al *cielo* conducen las palabras y sobre todo las obras que brotan de la caridad<sup>10</sup>, pero estimaba que para tener el alma dirigida hacia el cielo se precisaba tener los ojos muy fijos en la tierra<sup>11</sup>, levantándolos, por otra parte, con frecuencia hacia el cielo y animándose mutuamente, también en medio de los trabajos que entraña la labor educativa, a la consideración de la gloria celeste con que Dios retribuirá<sup>12</sup>. Un texto puede valer por todos para comprobar su modo de expresarse:

«*Al cielo, al cielo, al cielo, dirigid vuestros pensamientos, palabras y obras; al cielo, al cielo, en el cielo poned vuestros corazones, en donde está el tesoro verdadero. [...]. El cielo, el cielo, el cielo quiere nuestro corazón, y estará inquieto hasta poseerle: aunque fuese más sabio que un Cicerón, que un Aristóteles, más rico que un Salomón; aunque fuese dueño de todo el mundo, estará inquieto, no estará satisfecho hasta llegar al cielo, hasta que gozará de la gloria del cielo*».<sup>13</sup>

Animaba a todo tipo de personas a caminar con la esperanza puesta en la trascendencia. Preguntaba a los labriegos que encontraba por los campos si querían ir al cielo, si realizaban sus arduas tareas con el corazón elevado a las realidades

<sup>7</sup> Cf. GÓMEZ, *Francisco Coll...*, p. 32.

<sup>8</sup> Cf. *Francisco Coll...*, p. 372. Carta escrita desde Vic el 11 de septiembre de 1863.

<sup>9</sup> *Francisco Coll...*, p. 154. *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

<sup>10</sup> Cf. *Francisco Coll...*, p. 85. *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

<sup>11</sup> Cf. *Francisco Coll...*, p. 152. *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

<sup>12</sup> Cf. *Francisco Coll...*, p. 171. *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

<sup>13</sup> *Francisco Coll...*, p. 556. *Escala del Cielo*.

sobrenaturales. Pronunciaba, igualmente, en sus sermones palabras de ánimo para que sus oyentes caminaran hacia la patria celestial. De Dios y del cielo conversaba asiduamente.

La falta de *enseñanza religiosa* era lo que más le preocupaba a Francisco Coll, pues es la *pobreza más lacerante*, en opinión expresada por Juan Pablo II en la homilía de la Beatificación del obispo dominico portugués fray Bartolomé de los Mártires<sup>14</sup>. En la mencionada carta de nuestro Santo al Superior general de la Orden de Predicadores, fechada el 31 de enero de 1873, afirmaba que entre las principales causas de la desmoralización de los pueblos estaba la ignorancia que afectaba tanto a la mujer y *la falta de enseñanza religiosa*. Expresaba también ésta tan arraigada convicción en el prólogo de la *Regla o forma de vivir* que escribió para las hermanas de su Congregación. Su misión era abiertamente doctrinal —de enseñanza de la doctrina cristiana— y su proyección hacia todos, pero particularmente debían iluminar con la doctrina a la niñez, *tan envuelta entre espesas tinieblas de la ignorancia*.<sup>15</sup>

#### **4.- La Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata al servicio de la formación**

No era una persona fácil a resolverse en asuntos de importancia. Meditaba mucho, observaba, ponderaba los pros y los contras, pedía parecer a los demás. Durante mucho tiempo fue dando forma en su mente y corazón a la fundación de una Congregación con un fin apostólico claramente determinado. La H. Rosa Sala, que le conoció muy de cerca, ofrecía la noticia de lo temprano que fue en él el propósito fundacional:

*«Siendo estudiante concibió el proyecto de una Congregación religiosa dedicada exclusivamente por su profesión a la instrucción y educación religiosa en las poblaciones menos grandes y capaces»*.<sup>16</sup>

Se decidió, al fin, a llevarlo a la práctica en agosto de 1856. Para ello preparó a jóvenes con vocación para el servicio educativo en bien de la sociedad, con una visión cristiana de la vida. Así, por ejemplo, lo decía la H. Margarita Santaeugenia, nacida en Mojà:

*«Sentíame yo llamada por Dios al estado religioso, pensando entrar en el Instituto de Carmelitas, por ser mis maestras. Nuestro Venerable Padre me dijo así: “dentro de poco, tal vez saldrá una Congregación; en ella tendrán entrada una multitud de doncellas pobres y de humilde condición, y su fin será enseñar la doctrina cristiana y todo lo que sepan en las fundaciones donde sean llamadas”*»<sup>17</sup>.

Al reunir a aquellas jóvenes, prepararlas para la educación y repartirlas por los pueblos, tres preocupaciones suyas tenían respuesta: dar continuidad a la labor misionera no dejando abandonadas a las gentes de las zonas rurales, proporcionar la educación tan necesaria a la mujer, especialmente en los pueblos más alejados de las ciudades, y facilitar la vida religiosa dominicana a jóvenes que carecían de medios económicos para entrar en los monasterios o conventos de la época.<sup>18</sup>

##### **4.1.- Fundación de escuelas**

<sup>14</sup> Beatificado en Roma el 4 de noviembre de 2001.

<sup>15</sup> Cf. *Francisco Coll...*, pp. 53 y 55. Prólogo de la *Regla o forma de vivir de las Hermanas*.

<sup>16</sup> Cf. Edición preparada por Vito T. GÓMEZ GARCÍA, *Francisco Coll. O.P. (1812-1875)*. Testimonios. Valencia, HH. Dominicas de la Anunciata, 1993, p. 763.

<sup>17</sup> *Francisco Coll...* Testimonios, pp. 769-770.

<sup>18</sup> M<sup>a</sup> Otilia GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Francisco Coll i Guitart. Fundador de la Congregación de Dominicas de la Anunciata*. Folleto divulgativo, Madrid, 2008.

Conviene recordar que la fundación de la nueva Congregación dominicana se llevó a cabo cuando iba a ser promulgada la nueva Ley de educación por el gobierno del reino de España siendo ministro de educación D. Claudio Moyano. Esta ley obligaba a los municipios, entre otras cosas, a establecer escuelas de primera enseñanza. Semejante disposición, ofrecía una coyuntura favorable para el desarrollo de la nueva institución, que podía optar a las nuevas escuelas que abrían sus puertas. Es verdad que la normativa legal exigía a los maestros una titulación específica, no tan fácil de conseguir en poco tiempo. Sin embargo, todo contribuyó a una rápida expansión de la Congregación, que fue llenando las exigencias de la ley promulgada en 1857.

Los ayuntamientos, a veces apoyados por la iniciativa privada, fueron destinando locales para escuelas, abiertas al alumnado sin discriminación alguna. A veces los espacios que dedicaban a centros docentes eran una parte de los llamados «santos hospitales», o centros asistenciales fundados y atendidos desde tiempo atrás por la Iglesia, y que continuaron hasta las desamortizaciones llevadas a cabo en la primera parte de aquel siglo XIX. Otras veces radicaban en antiguos caserones de diferente procedencia, o en casas religiosas que se vaciaron por las leyes persecutorias de la vida religiosa.

A pocos días de la fundación, en agosto de 1856, se estableció ya una comunidad con misión educativa en Roda de Ter, en las cercanías de Vic y en la misma provincia de Barcelona. Meses más tarde se incorporó a la Congregación un grupo de personas, no propiamente religiosas pero que atendían escuelas, y pasaron éstas a la nueva fundación que se veía urgida a ampliar el radio de acción.

San Francisco Coll atendía con gran solicitud su fundación y recibía y daba respuesta a cartas procedentes de obispos, párrocos, ayuntamientos y personas particulares que querían tener al frente de sus escuelas a las recién establecidas en la diócesis de Vic. Mantuvo la costumbre de acompañar a las Hermanas a las nuevas fundaciones. Se propuso comprobar por sí mismo que todo estaba pronto para que ellas pudieran dedicarse a su tarea apostólica. Además, le interesaba transmitir personalmente su convicción de la importancia decisiva que tiene la educación de la niñez y juventud, y esto había que hacérselo patente a los padres, principales educadores e indispensables colaboradores. El paso a la diócesis de Gerona se hizo ya en febrero de 1857. A modo de ejemplo del modo de proceder, es interesante repasar una crónica de la fundación de *Montagut de Fluvià*, relato que recogió el boletín diocesano de la mencionada diócesis de Gerona. Escribía así el cronista:

*«Grabado quedará eternamente el día 19 de Febrero de 1857 en la memoria del católico pueblo de Montagut: interesante fue el espectáculo que presentara aquel sencillo vecindario al contemplar por vez primera dentro de su población unos ángeles de paz, que con su semblante modesto y apacible, con su compostura grave a la par que sencilla atraían hacia sí las simpáticas miradas, y se llevaban el respetuoso afecto de cuantos tuvieron la satisfacción de presenciar su llegada. Eran dos Hermanas Terciarias, hijas del gran Guzmán, gloria y prez de la nación española, que venían a encargarse de las niñas de esta parroquia para su educación».*<sup>19</sup>

Según continúa diciendo el cronista, al caer la tarde congregó al pueblo en la iglesia al son del repique de campanas, como para celebrar una fiesta. Se reunieron en el templo algunos centenares de personas, a quienes el fervoroso e infatigable P. Coll tuvo suspensas de sus labios más de una hora. Dirigió un discurso de buenas formas y lleno de unción, como todos los suyos, y ponderó la necesidad de una buena educación, tanto en la

---

<sup>19</sup> *Francisco Coll... Testimonios*, p. 338. *Crónica de la fundación de Montagut de Fluvià* tomada del BEOG (1856), pp. 107-109.

parte moral como en la material, probando con ello que es un medio muy adecuado para alcanzar nuestro último fin, y concluyendo que era un beneficio otorgado por la divina providencia hacia la parroquia de Montagut, «el establecimiento de aquellas segundas madres, que en su vida de retiro y abnegación tomaban a su cargo el riego y cultivo de las tiernas plantas que colocadas por el Señor en el jardín de cada familia despedirían un día el fragante olor de sus virtudes, con las que serían un constante ejemplo para las demás doncellas, el consuelo de sus padres, y el lustre y honor de la parroquia».

Las poblaciones acostumbraban a responder muy bien y las familias se apresuraban a llevar a sus hijas a la escuela regentada por las dominicas. Éste fue el caso de Montagut de Fluvià y de muchos otros lugares. Pronto se extendieron por las diócesis de Cataluña. En Arbeca, archidiócesis de Tarragona, apenas abrieron la escuela en octubre de 1861, les confiaron 82 alumnas, en edades comprendidas entre los 10 y 15 años.<sup>20</sup> A la hora de la muerte de nuestro Santo su Congregación tenía más de medio centenar de fundaciones todas ellas con escuela.

#### 4.2.- Formación de las maestras

Se ha dicho ya que la «ley Moyano» exigía titulación para que un maestro o una maestra pudiera colocarse al frente de una escuela. Era una exigencia nueva, y en tal contexto hay que entender las gestiones que hizo el Padre Coll para que, garantizando su buena formación, pudieran enseñar en las escuelas sin tener que «pasarse de maestras», como se decía por entonces. La gestión la hizo ante su gran amigo San Antonio María Claret, confesor de la reina Isabel II. Con tal motivo escribió una instancia a la misma, a la que ya se ha aludido anteriormente. Explica en ella la génesis del instituto, el dolor que experimentaba al comprobar que muchos padres que vivían en poblaciones, aldeas y casas de campo «no podían llevar a sus hijas a los colegios de la ciudad, por razón de la pobreza y por otras causas, y así las niñas se veían privadas de la instrucción tan deseada. Las nuevas maestras iban a los lugares, aunque fueran muy insignificantes. Acompañaba en su instancia a la Soberana un estatuto o reglas por que se regían, y añadía:

*«El suplicante, Señora, está en la plena convicción que tan pronto como Vuestra Majestad esté enterada del celo, caridad y habilidad de las Terciarias de Santo Domingo y del grande fruto que producen en todas las poblaciones en que se plantean, aprobará las presentes Reglas y mandará que puedan libremente enseñar sin tenerse que sujetar a exámenes de maestros extraños pues que bastante cuidado tiene el mismo Instituto para honor suyo que las Terciarias que envía a las poblaciones tengan aquellas dotes y habilidades que su misión requiere.»<sup>21</sup>*

#### 4.3.- Algunas características de la «escuela del Padre Coll»

La expresión «escuela del Padre Coll» procede de su entorno familiar. La acuñó por escrito en 1912 el Dr. D. Ramón Puig y Coll, su sobrino nieto, que fue catedrático en el seminario de Vic, y mártir de la fe en 1936.<sup>22</sup> Estas escuelas ofrecían unas características que reflejaban los grandes valores que cultivó en sí mismo, que transmitía a su alrededor y, de modo especial, confió a su Congregación y a la escuela promovida por ella.

Reafirmamos que fue una persona sensible a las necesidades de los demás; estimó de enorme importancia el tema de la educación de la niñez y juventud, en particular de la

<sup>20</sup> Cf. *Francisco Coll... Testimonios*, p. 353.

<sup>21</sup> *Francisco Coll... Obras completas*, p. 367. Carta a su Majestad la Reina Isabel II (25 de junio de 1858).

<sup>22</sup> *Francisco Coll... Testimonios*, p. 479. Texto aparecido en *El Norte Catalán*, Vic, Año XXVII, número 1328, sábado 12 de mayo de 1912.



más desprotegida y más necesitada de atención; hizo una clara opción por la educación de la mujer y por la promoción en este terreno de las clases populares. Fue un permanente buscador de verdad y mantuvo como preocupación fundamental la educación en valores humanos y cristianos. Esto es lo que abarcaba a su entender la formación doctrinal. Profundizó durante toda su vida en un concepto de hombre que le ofreció el estudio de la filosofía, fundamentalmente aristotélico-tomista; ahondó en la idea de hombre que descubría también en la observación y trato con los demás, y en la que captaba en la meditación asidua de la Palabra de Dios, celebración de sus misterios y predicación, en correrías misioneras verdaderamente agotadoras. Sus grandes ideales humanos, cristianos y dominicanos son los que están en la base de la definición de las escuelas que él plantó y que quieren seguir creciendo en sintonía con aquellas grandes intuiciones.

#### 4.3.1.- Una escuela al servicio de la familia

Estaba convencido de que el futuro de la humanidad se fragua en la familia. Es ésta una afirmación que proclama con fuerza la Iglesia en el momento actual, ante sus hijos los creyentes, y ante todos los hombres de buena voluntad. Fomentó valores que configuran la familia cristiana por medio de su trabajo pastoral y de la fundación de su Congregación al servicio de las escuelas.

Consideraba, en verdad, que la familia es un regalo de Dios para cada uno de los hombres y para la sociedad entera. Creía que es *célula básica de la sociedad, sujeto de derechos y deberes antes que el Estado y por encima de cualquier otra comunidad*. La familia que él conoció estaba afectada por la crisis general en que se hallaba sumergida toda la sociedad de su tiempo: crisis de fe, de valores, de una concepción de la vida al margen de los caminos que traza el Evangelio. Familias afectadas por problemas laborales, de ocupación, de educación, de defectuosa concepción de la libertad. Ciertamente, tenía graves problemas la familia, pero puso su parte para solucionarlos, porque para él en esta institución residía la clave del futuro de la humanidad. Como así lo creía, luchaba con todas sus fuerzas para que lograra ser cada vez más fuerte, más sana, más generosa, más ilusionada.

Personalmente fomentó la vida de familia, y permaneció unido con la suya propia. Una vez exclaustro, como puede comprobarse por las diferentes biografías, vivió con sus hermanas Teresa y Manuela, con algunas sobrinas, y con su fiel discípulo y colaborador, el sacerdote D. Joaquín Soler. Abrió su hogar, tanto en Moirà como en Vic, a estudiantes pobres. Se mantuvo igualmente unido a la familia que le acogió en los años de su infancia y juventud, mientras estudiaba en el seminario de Vic, a la familia Coma, en Puigseslloses, Folgueroles (Barcelona). Un miembro de la misma testificará en el *proceso de beatificación y canonización* que, al ser exclaustro volvió a aquella casa; que a ella iba a descansar al final de algunas de sus misiones; y que era persona de toda confianza y respeto, a quien el padre de familia consultaba las dificultades y asuntos de importancia.<sup>23</sup>

Fueron sus comunidades religiosas, por encima de todo, *comunidades fundamentadas en el amor*, al servicio de las familias cristianas, por medio de la formación de sus hijos. En la citada carta a la reina Isabel II decía que siempre había considerado la instrucción de las niñas como una obra de la mayor caridad y de la más grande trascendencia para el bien de las familias y de la sociedad entera. Las familias, por su parte, concededoras de su obra, pedían con insistencia fundaciones de dominicas de la Anunciata para que colaboraran en la formación de sus hijos. En las crónicas que

<sup>23</sup> Cf. GÓMEZ, *Francisco Coll...* Testimonios, p. 919.

escribían para relatar pormenores de las fundaciones, calificaban a las hermanas de segundas madres por su entrega generosa al cultivo de aquellas tiernas plantas y cada vez eran más conscientes de la absoluta necesidad de la educación, *al paso que esmerada, sólidamente cristiana*.<sup>24</sup>

#### 4.3.2.- Educación de la mujer al servicio de la sociedad

Al inaugurarse el siglo XIX la enseñanza dirigida a las clases populares estaba todavía en los comienzos. Por los años de 1850, en España, el setenta y cinco por ciento de la población era analfabeta. Las escuelas para niñas eran muy raras en las zonas rurales. Cuando escribe al Vicario General de la Orden dominicana, le dice que el contacto con la realidad social de su tiempo le ha llevado a comprobar, por una parte, la *ignorancia en que estaba sumida la mujer* y, por otra, que esta ignorancia *era una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos*.<sup>25</sup>

Es este un rasgo tan claro de la escuela del Padre Coll que fue captado de inmediato por sus contemporáneos. En 1864 escribía Mons. Barili, Nuncio en España, al Obispo de Lérida contestándole sobre las noticias que éste le había dado referidas a las Dominicas de la Anunciata:

*«¿Qué otro medio mejor, que educar en la sólida piedad y en las virtudes cristianas a las jovencitas del pueblo, las cuales serán después esposas y madres, y con mayor facilidad que los eclesiásticos, podrán o reconducir o conformar con la fe a sus maridos y a sus padres y educar santamente a los hijos? En otro tiempo se tenía esta práctica, si bien no con mucha precisión, para las clases acomodadas de la sociedad; pero si ahora es necesario perfeccionarla para éstas, es mucho más necesario promoverla y a gran escala para las demás clases»*.<sup>26</sup>

El Superior general de la Orden dominicana, a la hora de la muerte del Padre Coll, se preocupaba de la Congregación que, en su opinión, tantos beneficios podía dispensar a la Iglesia y a la sociedad. Quería que prosiguiera su misión «de educar e instruir a las jóvenes, nunca más necesario este ministerio que en aquellos tiempos».<sup>27</sup>

El gran obispo de Vic, Venerable Torras y Bages, en el año 1912 y con motivo del centenario del nacimiento del Padre Coll, decía que la Congregación estaba extendida por diferentes partes. Las hermanas cultivaban *planteles de tiernas niñas* que un día habrían de ser mujeres y colaborarían con su influencia afectiva y doméstica, a dar carácter y sentido cristiano a la sociedad civil; contribuyendo eficazmente a que el pueblo se rijan y los hombres vivan en conformidad con el espíritu sobrenatural que Jesús envió al mundo.<sup>28</sup>

#### 4.3.3.- Decidida preocupación por la doctrina cristiana

El ministerio doctrinal estaba en el centro de las preocupaciones personales y fundacionales de San Francisco Coll. Así se lo pedía su identidad dominicana, que se esforzó por cultivar en fidelidad creciente. Cuando redactó una amplia obra para su Congregación, colocó en el preámbulo de la misma un capítulo en el que elaboró una *teología de la historia*, de corte netamente agustiniana. Estimaba que la *providencia* se

<sup>24</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 338.

<sup>25</sup> *Francisco Coll...* Obras completas, p. 375.

<sup>26</sup> *Francisco Coll...* Testimonios, p. 583.

<sup>27</sup> *Francisco Coll...* Testimonios, p. 377. Carta al P. Francisco Enrich, de 5 de octubre de 1875.

<sup>28</sup> *Francisco Coll...* Testimonios, p. 459. Artículo incluido en el vol. VIII de las *Obras Completas* de TORRAS Y BAGES, Barcelona, 1916, pp. 341-342.

encargaba de salir al paso de los grandes males de la humanidad ofreciendo grandes remedios. Gran remedio para las corrientes *pelagianas* de los siglos IV y V fue la figura excelsa de San Agustín. Gran remedio, asimismo, para el *luteranismo* del siglo XVI fue San Ignacio de Loyola con la fundación de la Compañía de Jesús. Gracia especial de Dios para salir al paso de las carencias que presentaban los movimientos de *cátaros*, *albigenses* y *valdenses* del siglo XIII fueron –decía él– aquellos dos serafines con que Dios obsequió a su Iglesia: San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán.

Del siglo XIII pasaba directamente al suyo, el XIX, siglo que recogía en buena medida cuanto sembraron los hombres de la *Ilustración* en la centuria anterior. Aquellos hombres consideraban el cristianismo como un fenómeno religioso a superar definitivamente para que, por fin, el hombre alcanzara su condición de adulto. Advertía en su época una crisis profunda, tanto en el terreno de las verdades a creer, como en el de las costumbres a practicar, alejadas cada vez más del Evangelio. Precisamente en el centro de esta crisis la providencia divina había querido situar su Congregación. De múltiples modos, pero especialmente por medio de la escuela, las hermanas tenían el cometido de ser *anunciadoras del dogma y de la moral cristiana*. Todo ello al servicio de la sociedad y del crecimiento del Reino de Dios en el mundo.

Un año después de su muerte escribía su colaborador y sucesor al frente de la Congregación, el P. Francisco Enrich, al Vicario General de la Orden:

*«Fue intención del P. Coll fundar la Congregación para la enseñanza, que en curso de sus misiones advirtió muy necesaria, y más todavía que fuese religiosa».*<sup>29</sup>

#### **4.3.4.- Escuela orientada a los más necesitados**

Se podría recordar una vez más cuanto escribió en su *exposición* a la reina Isabel II en 1858: que los padres que vivían en las poblaciones, aldeas y casas de campo no podían llevar a sus hijas a los colegios de la ciudad por su pobreza y otras causas que eran de todos bien conocidas. Aquellas pobres niñas se veían privadas de una instrucción tan deseada. A remediar este mal venía su fundación. Iban a establecerse en los pueblos, aunque fueran los más insignificantes.

El nuncio Barili encargaba al obispo de Lérida, en 1864, que felicitara al Padre Coll, por su ilustrado celo e incansable actividad, que en pocos años había difundido su Congregación por toda Cataluña y producía tanto bien, *especialmente en la educación de las niñas pobres*. Y continuaba afirmando textualmente:

*«Cuando tenga ocasión de hablar con el P. Coll, le presente seguridades de mis felicitaciones y mi gratitud por una conducta tan digna de un ministro del Señor. «Ha puesto mano a un apostolado que es indispensable en nuestros días. La inmoralidad, la incredulidad e indiferentismo religioso con todas las artes e industrias intenta propagarse también en las últimas clases del pueblo».*<sup>30</sup>

El obispo Torras y Bages, en 1902, informaba a la Santa Sede que las hermanas se dedicaban a la educación de las niñas, de modo muy especial en los pueblos pequeños y en las colonias fabriles.<sup>31</sup>

El ejemplo del Padre Coll invitaba a la apertura de corazón, a la compasión hacia cualquier tipo de necesidad de los demás. Compasión ante la miseria en el terreno religioso, en el terreno de la educación, del trabajo, en lo social, en una palabra.

<sup>29</sup> *Francisco Coll... Testimonios*, p. 603.

<sup>30</sup> *Francisco Coll... Testimonios*, p. 583.

<sup>31</sup> *Francisco Coll... Testimonios*, p. 655.

Compasión que conduce a idear caminos de remedio, cuando se descubre la insensibilidad o enfoques equivocados de los padres ante los problemas de sus hijos. Compasión ante los niños y jóvenes difíciles por causa de problemas familiares, por condicionamientos del ambiente en que viven, o por traumas por los que se ven afectados. Misericordia para con el mundo de los ancianos, muchas veces desvalidos o abandonados. Misericordia para con los enfermos sujetos por tantas enfermedades penosas, a las que muchos no ven sentido y se dejan abatir por la desesperación. Esto es lo que intentó vivir y transmitió a su escuela.

#### 4.3.5.- Educación desde el respeto a la persona

Entendía que la persona es algo sagrado, imagen de Dios, y que todos los humanos están llamados a ser hijos de Dios. La H. Sureda, que recordaba los consejos que le dio cuando se hizo la fundación de Monistrol de Montserrat (Barcelona), afirmaba:

*«Nos aconsejaba que tratásemos a las niñas con mucho amor, y que no reprobásemos los bailes y las modas, sino que procurásemos infundirles el amor de Dios: “Éste –nos decía– les enseñará lo que deben hacer, de lo contrario exasperarán Uds. a sus padres, las retirarán del Colegio y todo se perderá”».*<sup>32</sup>

Manifestaba respeto y lo aconsejaba hacia aquellas personas que no se comportaban bien. Sufrió una dura prueba de parte de la primera maestra que regentó la escuela de Roda de Ter (Barcelona) –fundación hecha a los diez días de iniciar la Congregación–. Aquella hermana salió de la Congregación y se quedó con la escuela. La H. Paret recordaba el hecho y añadía que el Padre Coll no quería que se hablase de la ex-hermana de Roda, cuyas cartas, verdaderamente nada favorables para ella, mandó quemar.<sup>33</sup>

#### 5.- Trayectoria histórica de la «escuela del Padre Coll»

El P. Antonio Orge, Superior general del Padre Coll, le escribía en agosto de 1857 que le parecía que el mismo P. Coll experimentaba ya el consuelo visible de la providencia, viéndose en menos de un año, con casa propia para las hermanas, y ya extendidas por once poblaciones, *«derramando la semilla de la buena instrucción y enseñanza»*<sup>34</sup>. A la hora de su muerte, el 2 de abril de 1875, contaba con más de 50 fundaciones.

Podrían multiplicarse los testimonios de primera hora centrados en la valoración de su escuela. Baste sólo aludir a dos pareceres de obispos, todavía en vida del Padre Coll. El prelado de Lérida, Mariano Puigllat, comunicaba al nuncio Barili, en enero de 1864, que la Congregación contaba con 36 establecimientos en distintos puntos de Cataluña, y tenía 60 novicias en Vic.<sup>35</sup> El obispo de Vic, Juan José Castanyer, en 1861, consideraba que la Congregación era de máxima utilidad y, por tanto, digna de recomendación y protección.<sup>36</sup>

Fallecido ya el Padre Coll, informaba el P. Francisco Enrich al Maestro de la Orden, en agosto de 1876, que las hermanas opositaban a las escuelas municipales y los pueblos porfiaban por tenerlas. Los inspectores visitaban las escuelas y alababan a las maestras.<sup>37</sup> En 1914, la llamada Congregación intermedia de la provincia de Aragón, dedicaba un

<sup>32</sup> *Francisco Coll...* Testimonios, p. 774.

<sup>33</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 742.

<sup>34</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 561-562.

<sup>35</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 579.

<sup>36</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 652.

<sup>37</sup> Cf. *Francisco Coll...* Testimonios, p. 599.

elogio a las hermanas ocupadas especialmente en la educación de las niñas que, con la bendición de Dios, se habían difundido ampliamente de tal modo que, en el territorio de la Provincia, florecía ya con 106 casas, con aplauso de las gentes y gran fruto de las almas.<sup>38</sup>

### 5.1.- Fundación de colegios fuera de Cataluña

El P. Coll tenía el convencimiento de que a medida que el número de casas fuera creciendo la Congregación se extendería fuera de Cataluña y así fue. Apoyaba su confianza en el progreso espiritual de las hermanas, que cada vez se esforzarían más por ahondar sus raíces en el amor a Jesucristo y a su Santísima Madre e intensificarían su celo apostólico; así lo creía firmemente:

*«Por ahora –escribía– este Santo Instituto constará de la sola Provincia de Cataluña; a proporción que se vaya extendiendo se podrán formar nuevas provincias con la aprobación del Consejo».*<sup>39</sup>

Fue en el VI Capítulo general, que comenzó el 13 de agosto de 1904, cuando estas previsiones del P. Coll se consolidaron al constituirse las Provincias de *Cataluña* y de *Castilla*. Además de las 94 casas establecidas en tierras catalanas estaban las de *Albacete*, *Sagunto*, *Cañameler*, *Valencia*, *Sama de Langreo*, *Ablaña*, *Mieres*, *Caborana*, *Ujo*, *Villanueva de Castellón*, *Sedaví* (Valencia) y *Játiva*.

El P. Lesmes Alcalde, primer cronista de la Congregación, escribía en aquel tiempo que la Congregación había recibido del P. Coll su virtud y fuerza expansiva, pero él había dejado a los sucesores la misión de repartir por el mundo entero a las Hermanas. En su tiempo ya había muchas más peticiones para fundar colegios que las que se podían atender; él hacía recuento general de todas ellas una y otra vez: en primer lugar, para fundar en Castilla, también en las provincias del Norte, de igual modo en la colonia de Fernando Póo, en las islas Filipinas donde ponían a su disposición la «Escuela Normal» de Maestras; se deseaba, en fin, –todo esto en la segunda parte del siglo XIX– que fueran a Colombia y al Perú... *«Pero –escribía al pie de la letra– hasta que Cataluña no estuviera poblada, invadida de Hermanas Dominicas tal vez no empezaría la dispersión general. Varios Obispos españoles y extranjeros, diferentes asociaciones, hasta gobiernos, intentaron hacerse con Hermanas, ¿cuál es la causa de las simpatías que en todas partes inspiran?».*<sup>40</sup>

### 5.2.- El Proyecto Educativo del P. Coll se hace universal.

Al celebrar el cincuentenario de la fundación de la Congregación, en la revista dominicana *El Santísimo Rosario* publicaba una Crónica en que se daba cuenta de los actos celebrados y se hacía esta reflexión:

*«Conservando siempre la Congregación el carácter que le infundió el P. Coll, ha sabido adaptarse a las circunstancias de tiempos, lugares y personas, sin sufrir el menor quebranto en todo cuanto constituyó desde el principio su carácter propio, su espíritu esencialmente dominicano. Hasta en esto ha querido conformarse con el reino de los cielos, del cual dice Jesucristo ser semejante al padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo».*<sup>41</sup>

<sup>38</sup> Cf. *Francisco Coll... Testimonios*, p. 491.

<sup>39</sup> *Francisco Coll... Obras completas*, p. 273. De *Proyecto de Constituciones*.

<sup>40</sup> Lesmes ALCALDE, *Vida del Rdo. P. Fr. Francisco Coll, fundador de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata*, Salamanca, imprenta de Calatrava, 1908. El P. Alcalde fue el primer Cronista de la Congregación.

<sup>41</sup> SR 21, 1906, pp. 502-504.

Continuaba la citada Crónica explicando como a la muerte del P. Coll eran cincuenta los colegios que en el mismo número de poblaciones de Cataluña él dejaba fundados, sin más recursos que su celo, sin más armas que su prudencia, ni más apoyo que el divino, sobre todo, en los primeros años de la fundación, y que en el presente sumaban *ciento veinte las casas y colegios*. Que el fin de la Congregación “enseñanza de todas las clases sociales y fomento de vocaciones religiosas” no estaba circunscrita a tiempos ni lugares determinados; por eso cada fundación había sido semillero de otras posteriores, sin que las admisiones de postulantes, que ningún año habían bajado de cincuenta, diesen abasto a las solicitudes que por diversos conductos hacían los pueblos de nuevos colegios: «*Todos los obispados de Cataluña poseen colegios de la Congregación; desde 1880 los poseen Albacete, Valencia y Oviedo*».

A partir del año 1908 la Obra del P. Coll se encontraba lo suficientemente madura para dar un salto de calidad hacia países lejanos, para ofrecer la riqueza de su Proyecto evangelizador educativo y formativo a nuevas realidades. Se diría que España se hizo pequeña para contener el celo apostólico que el P. Coll había sembrado en su Congregación, y la Anunciata se expande por el mundo: primero a América del Sur; cuando la conmemoración del centenario de la fundación, año 1956, a América Central; a partir de la década de los años setenta al continente africano; y en los últimos años del siglo pasado se abrió la primera comunidad en Filipinas.

## Conclusión

Llegando a este punto no cabe sino valorar la fuerza del proyecto educativo y la escuela del P. Coll que han contribuido a la educación de muchas generaciones y ha dado fruto abundante en los diversos lugares, zonas, países y continentes en donde se ha hecho presente desde su fundación en 1856 hasta el presente.

El renovado empeño por adaptar el Carácter Propio –la propuesta educativa de la Congregación– ha hecho posible mantener la esencia, lo que siempre permanece del proyecto educativo heredado del P. Coll. Han cambiado las formas, se ha abierto a la misión compartida con los laicos plenamente integrados en la comunidad educativa, se posibilita una educación integral y en valores, se vive y se construyen centros en pastoral como una de las mejores oportunidades para evangelizar. Para ello, en nuestros centros se impulsa un espíritu y estilo educativos marcados por la participación y corresponsabilidad a todos los niveles, de modo que se dé unidad y profundidad al proyecto educativo en cada centro.<sup>42</sup>

Hoy los centros educativos de las Dominicanas de la Anunciata se definen como escuela católica que participa de la misión apostólica de la Iglesia de acuerdo con el espíritu y la voluntad del P. Coll.<sup>43</sup> Siguen siendo escuelas al servicio de la familia y de la sociedad, abiertas a todas las clases sociales y a la pluriculturalidad, que ofrecen un servicio educativo en valores evangélicos, acompañan a los alumnos en su proceso de maduración en la fe y de integración en la comunidad cristiana, y orientan y acompañan a la familia en su misión de primeros educadores de sus hijos. Pretenden ser escuelas con clara conciencia de que su principal misión es «*iluminar con la verdadera doctrina las tinieblas de la ignorancia*»<sup>44</sup> a nuestro mundo en su diversidad de sociedades y pueblos.

Cabe, para finalizar, entroncar el proyecto educativo del P. Coll dentro del Carisma Dominicano de Educar que está presente en la Orden de Predicadores desde sus orígenes.

<sup>42</sup> *Constituciones Dominicanas de la Anunciata*, 117 § III.

<sup>43</sup> Cf. *Carácter Propio*. Centros educativos Dominicanas de la Anunciata, Madrid, 2005, p. 3.

<sup>44</sup> *Francisco Coll...Obras completas*, pp. 53 y 58. Prólogo de la *Regla o forma de vivir de las hermanas*.

De ahí que, entre las grandes pretensiones del proyecto educativo de las Dominicas de la Anunciata, hoy, están el deseo de *humanizar el mundo* dando respuesta a la situación de fractura en la que están situados muchos niños y jóvenes. Pues lo que caracteriza el estilo dominicano de educar está en desentrañar, con habilidad y respeto, el sentido de verdad que se esconde en las personas y en la naturaleza, en incorporar la urgencia de la actitud contemplativa para entender la nobleza de la justicia, en un estudio y formación que no sea un mero aprendizaje del saber, sino como una ‘sabiduría para la vida’.<sup>45</sup>

Hoy, “*la escuela del P. Coll*”, principalmente en España, se constituye en una estructura nueva que quiere seguir integrando el mismo proyecto educativo del Fundador desde nuevos ámbitos organizativos: las Fundaciones Educativas creadas por la Congregación de las Dominicas de la Anunciata y, además, incorporándose con algunos centros al proyecto común dominicano de la Fundación Santo Domingo. Su verdadero interés sigue siendo el mismo que quería el P. Coll: aprovechar la plataforma de la escuela para incidir en la evangelización desde una educación integral, que busca abrir caminos de futuro y salvación a los niños y jóvenes que más lo necesitan.

---

<sup>45</sup> Cf. *Orden de Predicadores –OP-Dominicos. Congregación Dominicas de la Anunciata. Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción* en Revista EDUCADORES, nº 221-222, 2007, p. 57-64.